

delicada ha estado veinte y cuatro horas sin recibir más que auxilios casi inútiles.—¡Cielos!—Todo el día ha estado expuesto á los ardorosos rayos del sol entre los juncales; y como esta noche, á pesar de todas mis precauciones, se ha mojado sobremanera, está aterido de frío....—¡Virgen santa!—¡Ah! si le sucediese alguna desgracia, consagraria toda mi existencia á expiar la falta de haberle expuesto á tantos peligros sabiendo cuán poco podía resistirlos, exclamó Berta.

Y al decir estas palabras, toda su pasión política se desvanecía ante los tormentos que experimentaba al contemplar la dolorosa situación del baroncito.

Tocante á Courtin, la noticia de que su amo se hallaba en un estado que debía privarle del uso de la palabra, parecía haber doblado la longitud de sus piernas. Berta no necesitaba estimularle, pues iba siempre á su lado y tirando de la brida con todas sus fuerzas para obligar al jaco á seguirles mal de su grado con desusada ligereza.

Alegrábase también al colono la nueva de la desaparición de Juan Oullier, y ocupábase durante el camino en forjar pretextos á fin de cohonestar su conducta á los ojos del barón, para llegar fácilmente á un arreglo.

Poco tardaron Berta y Courtin en llegar al sitio donde estaba Michel, y encontráronle apoyado de espaldas en una piedra, con la cabeza sobre el pecho, y si no del todo desmayado, aletargado por lo menos por aquella postración general que entorpece los sentidos, que no observan sino de un modo confuso cuanto pasa á su alrededor. Por lo tanto no reparó en Courtin, y cuando éste ayudado de Berta le montó á caballo, el mancebo maquinalmente estrechó del mismo modo la mano del alcalde que la de la doncella.

Montado ya el barón, Berta y el colono se colocaron á entrambos lados, y anduvieron sosteniéndole durante el camino, pues sin esta precaución de seguro se habría venido al suelo.

Así llegaron á la Logerie, donde Courtin llamó en seguida á su criada asegurando á Berta que podía fiar de ella como de todas las aldeanas del *Bocage*; quitó de su cama el único colchón que había en la casa, y colocó el mancebo en un camaranchón situado debajo de su aposento, acompañando sus acciones con tales protestas y señales de celo y abnegación, que Berta acabó por arrepentirse del juicio que de él había formado al detenerle en el camino.

Vendada la herida de Michel y tendido éste en el improvisado lecho, Berta fué á tenderse en la cama de la criada para dar á su cuerpo el corto descanso que imperiosamente reclamaba.

En cuanto se vió solo Courtin, restregóse alegre las manos, pensando en lo provechosa que era aquella noche.

Hasta entonces había empleado en vano la violencia para el logro de sus fines, y lisonjeábase de que en lo sucesivo debían reportarle grandes beneficios la suavidad y la astucia, pues no sólo acababa de penetrar en el campo enemigo, sino que lo había traído á su casa, y ninguna duda le quedaba de que gracias á esta singular y dichosa combinación no tardaría en poseer todos los secretos de los blancos, y sobre todo los que atañían á Petit-Pierre.

Acordóse de las recomendaciones que el desconocido le había hecho en Aigrefeuille, siendo la principal la de avisarle directamente si conseguía descubrir el paradero de la heroína de la Vendée, sin comunicarlo á los generales, que sobre ser personas poco aficionadas á los arduos diplomáticos, eran ineptos para las grandes maquinaciones políticas.

Pareciéndole que por conducto de Berta y Michel lograría su objeto, comenzó á creer que no todos los sueños eran puras ilusiones, y que merced á los dos jóvenes con facilidad podía subir al pináculo de las riquezas que apetecía.

XXIV

EN NANTES

Desde la tarde en que Berta salió del Moulin-Jacques manifestando á su hermana su determinación de buscar á Michel, Mary no sabía lo que de ella había sido, y fluctuaba en un mar de conjeturas.

Michel podía haber hecho alguna revelación; Berta desesperada podía haber ejecutado algún acto funesto; el pobre

mozo podía haber sido herido ó muerto; Berta, en alguna de sus arriesgadas correrías, podía recibir algún balazo.

Bien se le alcanzaba á la doncella que con una vida tan errante en seguimiento de Petit-Pierre, quien cada noche abandonaba el asilo que en la anterior había tenido, no podía Berta encontrarles fácilmente; mas también reflexionaba que á no privárselo algún grave percance, Berta no podía menos de averiguar su paradero tomando lenguas de los aldeanos, que estaban en más ó menos íntimas relaciones con los realistas.

Al hacer ésta consideración, sentía la infeliz que su corazón hartó postrado ya por los golpes que acababa de sufrir, se rendía agobiado á esta nueva pesadumbre; y viéndose sola, privada de expansión y de ver al mancebo que la fortalecía con su sola presencia en el ardor de la lucha, dejóse dominar por su negra melancolía, y empezó á sucumbir lentamente al pesar que la devoraba. Pasaba las noches de claro en claro, y de día, en vez de tomar el descanso que tanto la convenía, pasábalo esperando la llegada de Berta ó de algún mensajero suyo; pero ni Berta ni el mensajero llegaban, y la pobre Mary veía trascurrir las horas abismada en su tristeza é insensible á cuanto la rodeaba.

Mary amaba entrañablemente á su hermana, y el cruelísimo sacrificio á que por ella se resignaba lo prueba de sobra; sin embargo, ruborizábase cada vez que trataba de sondear su corazón, pues entonces conocía que no era la muerte de su hermana la que más la inquietaba; sino que á pesar del vivo y sincero cariño que la profesaba, otro sentimiento mucho más fuerte é imperioso turbaba su razón y dominaba su espíritu causándola horribles tormentos.

En vano había hecho heroicos esfuerzos para desterrar de su corazón la imagen de Michel, creyendo al verse separada del mancebo que podía pensar muy bien en él sin quebrantar la generosa resolución que de sacrificarse había formado; aquella imagen querida volvió á posesionarse otra vez de su alma, y de tal manera, que ni un solo momento la abandonaba.

Entregábase Mary con cierta voluptuosidad á las melancólicas reflexiones que este recuerdo la sugería, encontrando en ellas dulce consuelo, y gozábbase tanto en su dolor y aislamiento al pensar que sufría por el objeto amado, que casi no se acordaba de la larga ausencia de su hermana.

Después de entregarse á la desesperación, después de agotar las más siniestras suposiciones sobre la suerte que podía haber cabido á aquellos dos seres idolatrados, después de experimentar las angustiosas alternativas de la incertidumbre en que la dejaban las fugaces horas, después de contar con mortal ansiedad todos los minutos; empezó Mary á sentir un pesar agudo no exento de remordimientos.

Hacia memoria de los menores incidentes á que habían dado lugar sus relaciones con el barón y las de éste con su hermana, y preguntábase si no había sido un crimen destrozarse el corazón de Michel al destrozarse también el suyo; si tenía derecho á disponer de su amor, y si no era responsable de la desgracia que ocasionaría quizás, haciendo que el pobre joven compartiese con ella y mal de su grado el sacrificio que se había impuesto.

Volaba en seguida su imaginación al islote de la Jonchère, veía otra vez sus orillas cubiertas de juncos, oía aquella voz armoniosa y dulcísima que allí le dijo un día: *!Te amo!* cerraba los ojos y parecía todavía que el aliento del mancebo jugueteaba con sus cabellos, y sus labios ardientes tocaban los suyos al darla el único é inefable beso que de él había recibido.

Consideraba entonces muy superior á sus fuerzas el sacrificio que su virtud y su amor fraternal la habían aconsejado; arrepentíase de haberse impuesto una tarea sobrehumana, y el amor volvía á avasallar de tal manera su corazón, que Mary, antes tan piadosa y avezada á buscar la firmeza y la conformidad en la idea de la vida futura, no osaba ya levantar al cielo los ojos, rindiéndose agobiada al peso de su dolor, y entregábase irreflexivamente á una impía desesperación, preguntándose á sí misma si en aquella fugaz impresión que sus labios la recordaban consistía toda la dicha de ser amada, y si valía la pena de vivir para arrastrar tan triste existencia.

Poco tardó el marqués de Souday en notar la honda alteración que el pesar había hecho en la fisonomía de Mary; pero atribuyóla á las grandes fatigas que sobrellevaba.

A decir verdad, también el anciano hidalgo estaba por su parte asaz abatido y pesaroso viendo desvanecidos uno tras otro sus dorados ensueños, á la par que realizadas las predicciones del general, y entristecíale sobre todo la idea de que quizás no tardaría en verse obligado á expatriarse de

nuevo casi sin haber tenido el placer de esgrimir el acero.

Mas el marqués se creía obligado á vencer con su fortaleza de ánimo á la adversidad; y tomada esta resolución, antes habría muerto que tratado de quebrantarla en lo más mínimo, pues consideraba esta fortaleza como un deber del soldado, y el buen hidalgo, tan descuidado en punto á conveniencias sociales, era intransigente y riguroso hasta lo sumo con respecto á las exigencias del honor militar.

Así, pues, á pesar del profundo abatimiento que interiormente experimentaba, no podía leerse en su fisonomía el menor síntoma de desazón, y disimulando su pesar, aprovechaba todos los incidentes de la vida aventurera que él y sus compañeros políticos llevaban, para alegrar con agudos chistes los rostros mohinos que le rodeaban.

Hábale participado Mary la partida de Berta, y el marqués no dejó de comprender desde luego que algo habrían influido en ella la conducta de su novio y la ignorancia de su paradero. Luego supo por testigos oculares que el baroncillo de la Logerie, lejos de haber faltado á su deber, había tomado parte muy activa en la heroica defensa de la Pénis-siere; y creyendo que Juan Oullier, de cuya solicitud y prudencia no podía dudar, se encontraba con su hija y su futuro esposo, juzgó que no había para qué alarmarse por la ausencia de Berta, considerándola como la de un oficial á quien ha mandado su jefe á una expedición arriesgada. Lo único que le tenía un tanto caviloso y un si es no es resentido, era que Michel hubiese preferido señalarse por sus proezas al lado de Juan Oullier y no al suyo.

La noche misma del día en que tuvo lugar el combate del Chene partió Petit-Pierre con algunos caudillos legitimistas del molino que hasta allí les había albergado, por no ofrecerles la seguridad debida. Encontrábase el camino á corto trecho de la casa, y gracias á esta circunstancia pudieron ver y oír á los soldados que pasaban con los prisioneros de la acción. Efectuóse la marcha durante la noche; mas tratándose de atravesar la carretera tropezaron los fugitivos en una partida, y viéronse obligados á ocultarse detrás de unos espesos matorrales, donde permanecieron más de una hora. Estaba todo el país tan atestado de columnas, que sólo pudieron evitar su encuentro siguiendo asperísimos senderos.

Al día siguiente fué preciso ponerse otra vez en camino. Habían subido de punto las zozobras de Petit-Pierre, y

aunque á pesar de sus heroicos esfuerzos revelábanse en su fisonomía los temores que la agitaban, sus labios permanecieron sellados, digna y serena su actitud.

Era tan tenaz la persecución que sufrían los jefes legitimistas, que ninguna noche pudieron entregarse enteramente al descanso, y al despuntar el día con ellos se levantaban el peligro y la fatiga. Aquellas marchas nocturnas que se veían precisados á hacer por la imposibilidad de atravesar el país durante el día, eran á veces muy peligrosas, y siempre cansadísimas para Petit-Pierre. Pocas eran las ocasiones que podía efectuarlas á caballo; las más veces iba á pié, cruzando campos surcados de setos que á menudo era preciso saltar, pues en la oscuridad no era posible encontrar escalas; atravesando las viñas en cuyos sarmientos tropezaban á cada paso; andando por caminos llenos de hoyos por el frecuente paso de los bueyes, y en donde los caminantes se hundían hasta las rodillas y los caballos hasta los corvejones. Empezaban ya á inquietarse los compañeros de Petit-Pierre al considerar lo perjudicial que para su salud sería aquella existencia llena de continuas fatigas y emociones, y deliberaron sobre los medios más idóneos para preservarle de toda persecución. Varios y encontrados fueron los pareceres: unos querían que fuese á París, donde era más fácil ocultarse atendido el grandísimo número de sus habitantes; decían otros que debía ir á Nantes, donde ya se le tenía preparado un asilo; otros aconsejaban que se embarcara lo más pronto posible, considerando que no podía contarse seguro sin abandonar el país, pues las pesquisas iban á ser tanto más activas, cuanto más disminuía el peligro.

De estos últimos era el marqués de Souday, mas se le objetaba la rigurosa vigilancia ejercida en la costa, así como la imposibilidad de embarcarse sin pasaporte en un puerto de mar, por insignificante que fuese.

Cortó Petit-Pierre la discusión declarando que se trasladaría á Nantes disfrazado de aldeano, entrando en la ciudad á pié y en mitad del día.

Como el cambio y abatimiento de Mary no le habían pasado inadvertidos, suponiendo Petit-Pierre, cual lo hiciera el marqués, que los causaban las fatigas y penalidades inherentes á tan aventurero género de vida, rogó al señor de Souday que le permitiese llevar consigo á su hija, reflexionando que semejante existencia no podía en modo alguno

cambiar hasta que se encontrase un asilo completamente seguro.

El marqués accedió gustoso y agradecido á esta demanda.

No causó, sin embargo, el mismo efecto á su hija, pues ocurriósele desde luego que en una ciudad, cualquiera que fuese, la sería mucho más difícil tener noticias de Berta y de Michel, y la pobre Mary las estaba aguardando á todas horas con indescriptible ansiedad. Con todo, como no había medio de negarse á ello, accedió también á los deseos de Petit-Pierre.

Al día siguiente, que era sábado y día de mercado, Petit-Pierre y Mary vestidos de aldeanas se pusieron en camino á las seis de la mañana.

Tenían que andar tres leguas y media.

Al cabo de media hora tenía Petit-Pierre lastimados los piés por los zuecos y más aun por las medias de lana á las cuales no estaba acostumbrado, y sin embargo, quiso seguir la marcha resistiendo el dolor en cuanto le fuese dable; pero convencido al cabo de que le era materialmente imposible adelantar un paso con semejante calzado, quitóse zuecos y medias, y con aquellos en la mano y estas en el bolsillo, siguió descalzo el camino.

A poco viendo pasar algunas aldeanas notó que la tersura de su cutis y la blancura aristocrática de sus piernas podían descubrirla, y apartándose á un lado del camino cogió un puñado de tierra y ensucióse con ella la piel, continuando en seguida la marcha.

Al llegar delante de Sorinières, vieron á la puerta de un mesón que estaba junto al camino á dos gendarmes de á caballo conversando con un aldeano que también iba montado.

Iban entonces Petit-Pierre y Mary acompañadas de cinco ó seis aldeanas, y al parecer los gendarmes no repararon en ellas, pero Mary, que llevada de su incesante anhelo fijaba la atención en todo el mundo descosida de encontrar quién la diese noticias de Berta y de Michel, creyó reparar que el labriego las miraba con singular insistencia.

Volvió la cabeza al cabo de algunos momentos, y vió que éste había dejado á los gendarmes y las seguía apretando el paso para alcanzarlas.

—¡Alerta! dijo entonces en voz baja á Petit-Pierre: he notado que un hombre á quien no conozco nos miraba de un modo sospechoso, y ahora nos está siguiendo; no os

acerquéis mucho á mí, ni deis á entender que nos conocemos.—Bueno; y ¿si se dirige á vos?—Ya sabré yo contestarle: perded cuidado.—¿Sabéis dónde nos debemos encontrar si nos vemos precisadas á separarnos?—Sí; pero credme, alejáos, y no me habléis: está cerca.

Óíase ya en efecto el trote del caballo.

Separóse Mary de sus compañeras sin la menor afectación y alojó el paso.

Al oír la voz del labriego, estremecióse Mary á pesar suyo.

—¿Vamos á Nantes, pimpollo? dijo aquél deteniendo el caballo junto á la señorita de Souday y mirándola con atenta curiosidad.—No es difícil adivinarlo, respondió la joven.—¿Queréis que os acompañe?—Mil gracias, dijo Mary imitando el acento de las aldeanas de la Vendée: voy perfectamente con mis amigas.—¿Vuestras amigas? ¿Intentáis acaso hacerme creer que son todas de vuestra aldea aquellas lindas muchachas con quienes os he visto pasar?—¿Y qué os importa que lo sean ó nó? dijo Mary por no contestar á tan insidiosa pregunta.

Comprendiólo su interlocutor, y añadió:

—Permitid que os haga una proposición.—Hablad.—¿Queréis montar á la grupa de mi caballo?—¡Vaya! sería chistoso que una pobre muchacha como yo anduviese con un hombre que tiene casi el aire de un caballero.—No sería esta la primera vez....—¿Qué queréis decir? preguntó Mary algo inquieta.—Podrá ser muy bien que á los gendarmes les parezcáis aldeana, mas yo sé perfectamente que no lo sois. Os he conocido, señorita Mary de Souday.—¿A qué nombrarme en alta voz si ningún mal me queréis? respondió parándose la joven.—¡Mall! ¡toma! ¿y qué mal hay en ello?—Esas mujeres podían haberos oído, y cuando visto este traje bien se comprende que así lo exigen mi interés y mi seguridad.—¡Ya! replicó el labriego guiñando el ojo y fingiendo un aire bonachón; esas mujeres estarán á buen seguro algo enteradas del negocio.—Os juro que nó.—Bien habrá una á lo menos ¿eh?

Estremecióse Mary á esas palabras, y respondió haciendo un esfuerzo:

—Ninguna. ¿Qué razón os induce á hacerme tales preguntas?—La de que si vais efectivamente sola como decís, os rogaré que os detengáis algunos momentos.—¿Yo?—Sí.—¿Con qué objeto?—Con el de ahorrarme muchos pasos que

mañana habría tenido que dar á no encontraros.—¿Para qué?—¡Toma! para buscaros.—¿Queríais buscarme?—No por mi cuenta, como podéis comprender.—¿Quién os ha dado pues esa comisión?—Los que os aman.

Y bajando luego la voz añadió:

—La señorita Berta y el señor Michel.—¡Berta!... ¡Michel!...—Sí.—¡Con que no ha muerto! exclamó Mary. ¡Oh! hablad, decidme por favor qué ha sido de ellos.

La terrible ansiedad que denotaba el acento con que Mary había pronunciado estas palabras y la alteración de su semblante al esperar la respuesta como un reo su sentencia de muerte, no se ocultaron por cierto á Courtin, en cuyos labios vagó aquella sonrisa burlona peculiar á los campesinos, complaciéndose al propio tiempo en prolongar su silencio como deseoso de prolongar también la zozobra de la joven, mientras que se esforzaba en leer lo que en su interior pasaba.

—Perded cuidado, añadió, volverá.—¿Está herido? preguntó presurosa Mary.—¿Cómo! ¿no lo sabíais?—¡Dios mío! ¡herido! exclamó Mary con los ojos preñados de lágrimas.

Al notarlo, ya no necesitó Courtin hacer nuevas preguntas; bastábale lo que había visto.

—Es poca cosa; no creo que le haga guardar cama mucho tiempo, ni le privará de ir á la boda.

Mary se turbó, pues esas palabras la recordaban que aun no había preguntado por su hermana.

—¿Y Berta? nada me habéis dicho de ella.—¿Vuestra hermana? ¡valiente, por vida mía!—¿No está enferma ni herida?—Algo indispuesta, y nada más.—¡Pobre Berta!—Es que á decir verdad, ha hecho travesuras que á muchos hombres les habrían costado la vida.—¡Dios mío! dijo Mary, ambos sufren y no tienen quien los cuide y consuele en su dolor.—Eso nó: se cuidan y consuelan mutuamente. Es de ver cómo le mimaba vuestra hermana, á pesar de hallarse también enferma: hay hombres que nacen con muy buena estrella. Ahí tenéis al señor Michel, que toda su vida ha sido mimado y acariciado por su madre, y al salir de su regazo encuentra para sustituirla una novia modelo. Mucho tendrá que amarla, si no quiere que le tachen de ingrato.

Turbóse de nuevo Mary al oír tales palabras, y viendo su interlocutor el efecto que la causaban, sonrióse otra vez con su habitual socarronería.

—Vamós, dijo, ¿queréis que os diga una cosa?—Decid.—He notado que el señor barón prefiere, en punto á cabellos, el rubio claro al negro más lustroso.—¿Qué queréis decir? preguntó Mary con indecible ansiedad.—Si me precisáis á explicarme claramente, os diré una cosa que de seguro no será muy nueva para vos, esto es, que os ama: Berta tiene su mano, Mary su corazón.—¡Ah! exclamó Mary, eso es invención vuestra, pues es imposible que el señor barón de la Logerie os haya dicho semejante cosa.—No me lo ha dicho, lo he comprendido, y como le quiero, quisiera verle feliz. ¡Pobre muchacho! cuando me llamó ayer vuestra hermana encargándome que os diese noticias de ellos, me propuse para descargo de mi conciencia deciros lo que pensaba sobre el particular.—Os equivocáis, Courtin, dijo Mary. El señor Michel no piensa en mí; es el novio de mi hermana, y la ama con todas veras, creedlo.—Hacéis mal en desconfiar de mí, señorita Mary; pues acabáis de llamarme por mi nombre, no ignoráis que soy el principal colono del señor Michel, y puedo añadir que tiene en mí ilimitada confianza. Si quisieseis...—Señor Courtin, respondió Mary interrumpiéndole, ¿queréis hacerme un favor?—Mandad.—Cambiad de conversación.—Corriente; pero permitid que renueve mi ofrecimiento: montad á la grupa de mi caballo, y os ahorraréis mucho cansancio. ¿Váis á Nantes?—Sí, respondió Mary que á pesar de sus pocas simpatías por Courtin no creía preciso ocultarle el verdadero objeto de su viaje.—Pues yo también: podemos ir juntos, á no ser que tengáis alguna diligencia que hacer, en cuyo caso yo la haría por vos con el mayor gusto y os ahorraríais esta molestia.

A pesar de la franqueza y rectitud de su carácter, Mary se vió obligada á responder con una mentira, pues importaba mucho que no llegase á traslucirse la causa de su viaje, y dijo:

—No puede ser; voy á reunirme con mi padre que está oculto en Nantes.—¡Ah! exclamó Courtin, ¡bueno! Los otros entre tanto andan buscándole y hablan de arrasar el castillo de Souday hasta dar con él.—¿Quién os lo ha dicho? preguntó Mary.

Vió Courtin que había cometido una torpeza manifestando estar al corriente de los proyectos de los agentes del gobierno, y procuró repararla del mejor modo posible.

—¡Cáspita! si vuestra hermana me envía en busca vuestra, precisamente es para preveniros que no volváis al castillo de Souday.—Ya véis pues que á nadie encontrarán allí.—Se me ocurre una idea, dijo Courtin con naturalidad perfectamente finjida; si vuestra hermana y el señor de la Logerie quieren daros noticias tuyas, será preciso que sepan vuestro paradero.—Ni yo lo sé todavía, respondió Mary; al extremo del puente Rousscau debo encontrar á un hombre que me acompañará á la casa donde reside mi padre: entonces les escribiré.—Eso es, respondió Courtin, y si tenéis que enviarles algún mensaje ó ellos quieren venirse aquí, perded cuidado, que yo me encargaré de todo.

Y sonriéndose luego de un modo significativo, añadió: —Yo os respondo de que el señor Michel me hará repetir más de una vez el viaje.—Ya os he dicho... replicó Mary interrumpiéndole.—Dispensad, señorita, no creía que os incomodaseis tan fácilmente.—Me incomoda porque vuestras suposiciones ofenden tanto á vuestro amo como á mí.—¡Conversación! dijo Courtin. El señor barón es muy rico, y no creo que á diez leguas á la redonda haya ninguna señorita que desdénara tan buen partido. Decid una palabra, continuó el colono creyendo que todos tributaban culto al becerro de oro; decid una palabra, y la riqueza de mi amo es vuestra.—Courtin, dijo Mary deteniéndose y mirando al colono con inequívoca expresión de enojo y desprecio; creed que á no ser por el afecto que profesáis al señor Michel me enfadaría de veras. Por última vez os ruego que no habléis más de esto.

Había creído Courtin hallar más frágil la virtud de Mary, atendida su reputación de Loba, y extrañábalo más y más al conocer que la joven correspondía al amor que la inquisidora mirada del colono había sorprendido en el corazón de su amo.

Así es que semejante respuesta le dejó confuso y sin saber qué decir, y temiendo frustrar sus propios planes si se propasaba demasiado, resolvió dejar que el pez cayese en la red antes de recogerla.

Hábale dicho el desconocido de Aigrefeuille que los caudillos de la insurrección legitimista se refugiarían en Nantes, donde estaba ya el señor de Souday, según Courtin creía; y como Mary iba al mismo punto y Petit-Pierre probablemente lo efectuaría, el amor de Michel á la doncella sería

el hilo de Ariadna que le conduciría á su asilo y al de Petit-Pierre, lo cual formaba el verdadero objeto de las preocupaciones políticas y ambiciosas del colono. Por lo tanto, insistir en acompañar á Mary era infundirla sospechas, y aunque deseaba llevar pronto á feliz cima su empresa, cedió á la prudencia y á la temporización, decidiéndose á dar á la joven alguna prueba que la tranquilizara completamente respecto de sus intenciones.

—¡Ah! despreciáis mi caballo, y en verdad siento que os lastiméis los piés con los guijarros.—Es preciso, dijo Mary. Yendo á pié seré menos notada que en la grupa de vuestro caballo, y es tan grande el miedo que tengo de ser conocida, que me haríais un obsequio si no me acompañarais, dejándome alcanzar á mis compañeras que están ya á un cuarto de legua.—Tenéis razón, dijo Courtin, tanto más, cuanto que vienen los gendarmes. Nada temáis, prosiguió Courtin notando un movimiento de Mary; yo les detendré en una taberna; mas antes de alejarnos, sepa yo qué la he de decir á vuestra hermana.—Decidla que todos mis pensamientos y oraciones son para su felicidad.—¿No tenéis que hacerme ningún otro encargo? preguntó Courtin.

Titubeó la joven, miró al colono, y bajando la cabeza respondió:

—Ninguno.

Sin embargo, interpretando Courtin el silencio de Mary, conoció muy bien que la última palabra de su corazón había sido para Michel, aunque sus labios no la hubiesen pronunciado.

El colono paró el caballo.

Apretó Mary el paso, y habiendo alcanzado á las aldeanas, refirió á Petit-Pierre la anterior escena suprimiendo por supuesto la parte concerniente al barón de la Logerie.

Sin sospechar Petit-Pierre del colono, cuyo nombre no la evocaba ningún recuerdo, creyó prudente eludir su curiosidad.

Dejaron adelantar á sus compañeras, y sin perderlas de vista miraron dónde se había quedado el colono, quien conforme lo había prometido acababa de detener á los gendarmes á la puerta de una taberna. No bien hubieron desaparecido las aldeanas en una hondonada, entráronse ambas fugitivas en un bosque poco distante del camino, y desde donde podían ver á los que las seguían.

Al cabo de un cuarto de hora vieron llegar á Courtin aguijoneando cuanto podía el paso de su caballo. Desgraciadamente pasaba el alcalde de la Logerie muy lejos del sitio en que se encontraban para que Petit-Pierre pudiese conocer que el huésped de Berta y de su novio era el mismo sugeto visto por ella en casa de Pascual Picaut, y el que había cortado la cincha del caballo de Michel.

Cuando perdieron de vista al colono, continuaron Petit-Pierre y Mary su interrumpido viaje, y á medida que se acercaban á la ciudad, en donde se había ofrecido un asilo al primero, iban deponiendo sus temores. Habíase ya acostumbrado Petit-Pierre á su traje, y ninguno de los labriegos que pasaban por su lado dió muestras de sospechar que aquella ligera aldeanilla fuese una señora, y mucho menos una princesa. Era ya gran cosa haber engañado el sagaz instinto de los campesinos, que en este punto sólo reconocen por rivales, cuando nó por maestros, á los soldados.

Por último llegaron á la vista de Nantes.

Antes de entrar en la población calzóse Petit-Pierre las medias y los zuecos.

Temiendo Mary que Courtin hubiese resuelto aguardarlas, en vez de entrar por el puente Rousscau, las dos fugitivas pasaron el Loira en un bote.

Al llegar frente á Bouffay, sintió Petit-Pierre que le daban un golpecito en el hombro, y volvió estremecido la cabeza.

La que acababa de permitirse tal familiaridad era una pobre vieja que iba al mercado, y habiendo puesto en el suelo un cesto de manzanas, no podía volver á cargárselo.

—Hijas mías, dijo á Petit-Pierre y á Mary, ayudadme á levantar el cesto, y os daré una manzana á cada una.

Asíóle Petit-Pierre acto continuo, hizo una seña á Mary para que cogiera la otra asa, y colocáronlo sobre la cabeza de la vieja, la cual al ver logrado su objeto se iba sin cumplir su promesa; mas Petit-Pierre la detuvo cogiéndola del brazo, y la dijo:

—¿Y la manzana, tía?

La vieja se la dió.

Con un apetito excitado por tres horas de camino, comíase Petit-Pierre las manos tras la manzana, cuando al levantar la cabeza vió un edicto en el cual se leían estas tres palabras en grandes letras: ESTADO DE SITIO.

Era el decreto del ministerio que declaraba en estado de sitio cuatro departamentos de la Vendée.

Acercóse Petit-Pierre al edicto, y leyólo tranquilamente de cabo á rabo á pesar de las instancias de Mary, quien la aconsejaba que fuera sin dilación á la casa donde las estaban esperando, á lo cual contestó que valía la pena de enterarse por completo de una cosa para él tan interesante.

A poco se internaron la dos aldeanas en el laberinto de callejuelas de la antigua ciudad bretona.

XXV

EN DONDE VOLVEMOS Á ENCONTRAR A NUESTRO ANTIGUO AMIGO JUAN OULLIER.

Si bien era casi imposible que los soldados descubriesen á Juan Oullier en la guarida que Polilla le había proporcionado con sus hercúleas fuerzas, sin embargo, muertos éste y su compañero Poca-Alegría, el vendeano no había hecho más que cambiar la cárcel donde le hubieran encerrado los azules á caer en sus manos, por otra más horrible todavía; y la muerte que sus balas le hubieran dado, por otra mucho más espantosa.

Estaba enterrado en vida, y en aquel vasto desierto no era de esperar que nadie oyese sus gritos.

Hacía ya horas que Poca-Alegría y Polilla se habían separado de él, y cuando vió que á pesar de ser tan entrada la noche no venían á buscarle, creyó que habían muerto ó caído prisioneros.

La idea de la posición en que se encontraba Juan Oullier era capaz de helar la sangre en las venas del hombre más animoso; pero el vendeano era de aquellos varones llenos de fe que siguen luchando mientras los más bravos desesperan.